

# EL OBRERO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Redacción y Administración  
Calle de la Soledad, núm. 3

*Defensor de los intereses de la clase obrera*

Precios de suscripción  
0,50 pts. al mes, 1,50 trimestre

## ESPEREMOS

Ya están los demócratas en el poder; ya tenemos ministerio formado por Montero Ríos. Y este cambio que significa la transición de un régimen encamada a un régimen de amplia libertad, devuelve al país la calma y tranquilidad perdidas con la reaccionaria política Maurista que ha tenido por epílogo consiguiente la última situación Villaverdista con la célebre carta al cardenal Casañas.

Esta situación democrática que ha venido a sustituir a los antiguos liberales sagastinos, ó sea al partido de la fusión, está pendiente hoy del juicio crítico que le ha de señalar en la historia política de nuestra nación, su carácter respectivo. Ser democrático con los mismos procedimientos de gobierno seguidos hasta hoy, vale tanto como falsear un nombre que en Inglaterra modelo de monarquías y en casi todas las naciones, es garantía de todos los derechos y libertades públicas.

No se puede ser demócrata y vivir bajo el imperio del caciquismo. Este simboliza el gobierno personal y absolutista, la explotación de la ignorancia, el régimen del convencionalismo, la negación de todo derecho, la denigración y envilecimiento de la personalidad y sobre todo la protección al régimen capitalista en contra de las justas y legítimas aspiraciones de la masa proletaria.

Bajo un régimen de democracia, no se gobierna a los pueblos del modo como se han gobernado hasta hoy. No se eligen los ayuntamientos caprichosamente, reconcentrando en la personalidad del cacique los cargos de alcalde, concejal, portero y alguacil. No se forma parte de una corpo-

ración deliberante, para que tan solo haya uno que delibere, el cacique; no se designa con el nombre de popular a un ayuntamiento en que el pueblo no tiene más representación que aquella que le quiere otorgar su dueño y señor.

Y este siniestro personaje, este fantasma de la cultura, esta rémora del progreso que ha sido nuestra plaga pertinaz y nuestra constante pesadilla en la política de esta región, no tiene ya razón de ser dentro del actual régimen democrático, en el que debe tener el pueblo una segura confianza há mucho tiempo deseada de que sus derechos serán por fin respetados y sus intereses defendidos.

No es conveniente, no responde ya a la importancia de una población como la nuestra, el que por las miras arbitrarias del cacique se halle ésta representada en el seno de nuestra corporación municipal, por unos cuantos señores que muy entendidos en materias agrícolas, industriales y comerciales, desconocen por completo los asuntos administrativos y sirven tan solo para secundar la funesta acción del cacique ó jefe que les elige.

Enhorabuena que vayan al ayuntamiento estas representaciones de las fuerzas sociales, pero que no se excluya la verdadera representación del pueblo, que no se excluya a la juventud intelectual como viene haciendo el caciquismo, sistemáticamente, por temor ó miedo, creyendo así conservar su prestigio y autoridad, cuando en el partido conservador ésta ha sido la causa de su impopularidad y su decaimiento.

Estos procedimientos de gobierno son los que podrán dar al cacique una vida política más ó menos efímera, pero que

al fin y a la postre le conducen forzosamente a la muerte, porque indiferente el pueblo a la acción é iniciativas de los que debieran ser sus representantes, apartado por completo de todo cuanto interesa a su vida pública y administrativa ha de caer fatalmente en el indiferentismo, cuyo despertar implica la muerte política del cacique y el arbitrario poder que representa.

¿Desaparecerá todo esto de nuestra vida política local? Debe desaparecer con la venida de los demócratas si es que la democracia significa la abolición de este poder personal y despótico del cacique para devolverlo a quien corresponde, al pueblo, que está pendiente hoy de los que pronto serán situación en esta localidad, cuyos primeros actos le servirán de norma para poder obrar en consecuencia.

## Alma socialista

En el país de la indiferencia, de la apatía, de rebeldía pasiva para todo lo que no sea exclusivo del individuo, para todo lo que tenga un dejo de sociabilidad, no es poca la brillante organización obrera hecha en la capital del distrito.

En el escaso tiempo que tiene esa sociedad de existencia, habrán tenido sus miembros ocasión de probar las ventajas de la asociación; pero

Lisardo, en el mundo hay más.

Para la realización de la obra social, para el logro del ideal hermoso, hay que empezar por lo que el jorobado de la fábula que pedía reformas; reformarse a sí mismo.

La herencia de los siglos, el hecho con su abrumadora elocuencia, las preocupaciones y el sentimentalismo con que hemos sido educados y el ambiente que nos rodea, dan a lo existente un poder de tal fuerza y magnitud tal, que parecen utopías las concepciones más viables y que hasta han tenido, con más ó menos perfección, realidad en el transcurso de la historia. Abrumados nosotros con el

bagaje viejo, creemos imposible más llevadera carga: como el salvaje extraña y no comprende el con lejito traje del hombre civilizado.

La observación y el estudio de las diversas organizaciones sociales de la Humanidad en su marcha progresiva por la vida, nos harán aparecer más fáciles, por raro é irrealizables que parecen. Ellos nos han de servir como de instrumentos poderosos para el descubrimiento de la verdad que se persigue, como el telescopio y el microscopio han sido los eficacísimos medios para el conocimiento de mundos señalados por la imaginación humana, pero hoy de una realidad aplastante.

¿Cómo ha llegado el hombre a esas conquistas? Antes que por nada, por la despreocupación de cuanto inflaba en su corazón y en su cerebro.

De que el mundo nuevo sueña en una revolución, nos lo dice la necesidad de la implantación de grandes ideas. Sea ó no sanguinaria, ello ha de ser, y lo primero es revolucionarse consigo mismo, rindiendo culto a la razón.

Los ilustres hombres que en Francia dispusieron los ánimos para la revolución que se aproximaba, dice el maestro Engels, fueron a su vez grandes revolucionarios. No se sometieron a ninguna extraña autoridad; religión, ciencias naturales, sociedad, gobierno, todo fué sometido a la más severa crítica, todo comparado ante el tribunal de la razón para justificar su existencia ó dejar de existir para siempre.

La razón llegó a ser la regla suprema de todo. Fué aquella la época en que, según la frase de Hegel, «la cabeza gobernaba el mundo», es decir, que la inteligencia y los principios descubiertos por el pensamiento debían ser los únicos en servir de base a toda acción y asociación humanas.

Pero aquella revolución, con ser muy gloriosa, (y no admite comparación como la nuestra), realizó el triunfo del que ha sido llamado después burgués. Hoy lo que persigue y acabará por conquistar el mundo es la obrera, mejor dicho, es la de todos, es la de la justicia llevada y traída siempre y en todos los casos, y sin embargo, la eterna escarnecida.

¿Cómo prepararnos para la obra de tanta importancia? Educando-

nos para ello á semejanza de los que cita Eugels. Desterrada la mísera preocupación, la añeja sentimentalista leyenda, la indigna adoración á ídolos de barro, la reducida concepción que de las cosas materiales nos dan los sentidos.

¿Será posible todo ello dado nuestro temperamento meridional, ya que resulta muy manoseado llamarle africano?

Estoy por la afirmativa, ya que así me lo dan á entender los pasos dados en el sentido societario, apesar de todos los recursos puestos en juego para su fracaso.

J. ORTIZ ZARAGOZA

## La política obrera

Ninguna ocasión tan á propósito como la presente para decir á los trabajadores cuatro palabras sobre política. La caída de los conservadores y la subida al poder de los liberales tiene á la gente muy preocupada y absorbe por completo la atención de todo el país (aquí un poquito, que digamos). Y puesto que la política es en estos momentos el blanco de todas las miradas y el asunto de todas las conversaciones, hablaremos aquí también sobre el particular, pero lo haremos para la clase trabajadora, una vez que son sus intereses lo que nos alienta en nuestros pobres escritos.

Si extendemos una mirada por las distintas naciones que constituyen este planeta, en todas, cualquiera que sea su gobierno, cualquiera que sea su régimen político, en todas hallaremos lo mismo: la especie humana dividida en dos clases, explotadores y explotados, y trabajadores que producen y sufren. Esta es la regla sin excepción, esta es la injusticia universal.

A la clase productora no conviene en modo alguno esta triste situación en que se encuentra, y debe, por lo tanto, procurar su mejoramiento. Para ello, entre otros medios que cabe emplear, está la conquista del poder político. Si los obreros consiguen tener eficaz influencia en el campo de la política, podrán lograr disposiciones que les sean favorables; pero si, al contrario, no llegan á ejercer peso en aquel campo, seguramente se estancarán en el progreso hacia su bienestar y no mejorarán de condición. Deben, pues, los trabajadores entregarse á la lucha política y llevar á cabo denodados esfuerzos por nutrir las distintas ramificaciones del árbol gubernamental. Esto interin sea llegado el día en que se derrumbe el presente edificio social por su base, fin hacia el cual deben dirigirse todos los pasos de los productores para que efectivamente puedan lograr el mayor grado de felicidad.

Verdad es que todos los trabajadores ejercitan el derecho político, pero más cierto es aún que la mayor parte de ellos no lo hacen como les sería más conveniente. En todas las elecciones la inmensa mayoría de los productores ponen en práctica el sufragio, votan, eligen, más ¡ay! los infelices suelen abrazarse á su mismo verdugo: el capital.

Nadie mejor que un proletario conocerá y deseará remediar las necesidades de los de su clase, porque él también las siente, y por esto han de tener en cuenta los obreros que de entre ellos deberán escoger á quienes hayan de representarles en los asuntos políticos; favorecer y auxiliar á otros, sería buscarse ellos mismos su ruina; han de considerar que es el actual régimen económico lo que les esclaviza y somete á tan triste condición como la que sufren, que su política debe encaminarse á destruir la institución capitalista, y que, por último, mezclarse en otra política que garantice la existencia de dicha institución, es querer alimentar la misma fiera que los devora.

¡Trabajadores! vuestras miserias dependen exclusivamente de la manera de ser de la organización social actual; quien apoye esta organización, considerado como enemigo ó al menos como indiferente ante tanta desdicha como os asiste. Nada más.

UN OBRERO.

ENTRE MINEROS

## EL HAMPÓN

Lo desapacible de la tarde, que con ráfagas de aire frío y torrentes de lluvia transformaba la atmósfera en una gigantesca heladora y las calles en un fangal, hacía poco grato el viaje que teníamos preparado para visitar las fundiciones.

Resolvimos aplazarlo y ocupar el día en recorrer aquellos sitios donde los mineros se reúnen cuando vuelven de su trabajo ó cuando se encaminan á él.

Tabernas, bodegones, colmados, cafés de camareras y cafés cantantes; tales son, por regla general, los centros que el esclavo de la mina escoge para engañar su estómago hambriento con marjares innutritivos; aturdir su cerebro enraquitectado con medios de aguardiente; fortalecer sus músculos, reñados por la hereditaria faena, con inyecciones indirectas de alcohol; satisfacer sus anhelos estéticos con guitarraesca música, con canciones rebosantes de estupidez, y realizar sus fáciles ensueños de amor con los dicharachos y caricias de unas mujeres, entre sirvientes y ramerías, que, delantal á la cintura y servilleta al hombro, sirven á cambio de una

propineja, Cazalla y conversación, manzanilla y besos.

En tales sitios se juntan los trabajadores de la mina; en ellos vociferan, cantan, se emborrachan, comen, disputan y juegan á la muerte con sus facas, como en el fondo de los pozos juegan á la muerte con el mineral. Cambian el procedimiento y el sitio; la lucha con la muerte subsiste, y el minero la arrostra con el inconsciente valor de la costumbre.

A un café de camareras fuimos nosotros, tomando asiento en torno de una mesa, frente á la cual había otra ocupada por un hombre y cinco ó seis entretenedoras de la casa.

Sobre aquella mesa veíanse cinco ó seis botellas de Jerez, difuntas del todo, y otra, que que daba muestras de su vitalidad arrojando á intervalos dentro de las cafías, brillantes chorros de oro lluido.

Las mujeres relan, cantaban y balbuceaban requiebros audaces, agrupándose junto al hombre, apoyándose en él, metiéndole por los ojos sus caras embadarnadas con colorete, y por los oídos sus alientos saturados de alcohol.

El hombre no era joven. Su edad frasaría en los cuarenta años; su barba, embarrascada y sucia, permitía entrever unos ojos negros y bravucones empalidos por dos cejas ásperas, una cerva y atrevida nariz, unos pómulos enrojecidos y una frente angosta, sobre la cual se arremolinaban espesísimos cabellos, peinados á usanza manolesca.

Una chaqueta rota por los codos, al límite de cuya solapa asomaba la plateada contera de un *facón*: una camisa renegrida, mugrienta, que, por encima de su cuello entreabierto, dejaba ver las puntas de un pañuelo verde; una faja de estambre, con más jirones que tejido, ceñida á la cintura, para ser funda de una enorme pistola *del quinc*; unos pantalones de pana, mordidos por abajo, y unas alpargatas, componían, amén del sombrero ancho, caído á la izquierda del diván, y la manta puesta en rebujo á la derecha, la indumentaria del sujeto.

Con más apariencias de mendigo que de trabajador, pedía sin descanso mi hombre botellas de Jerez, que pagaba una á una, sacando de entre la camisa su pañuelo, convertido en bolsón, y del bolsón, duros y más duros. No se ocupaba en recoger las vueltas; reparitales entre las camareras con donjuanesca caballerosidad, y continuaba bebiendo *de lo fino*, como pudiera hacerlo el mayor acaudalado *juerguista* del orbe.

Sorprendíome el tipo, y, dirigiéndome á uno de mis compañeros, le dije:

—¿Qué clase de hombre es este?

—Un minero hampón.

Un minero hampón. Es decir, un

bohémio de la mina, un hijo pródigo de la existencia, pronto á dilapidar en rapidísimas horas de goce el caudal humilde que horas sin cuento de trabajo le permiten recoger en la mina.

Todo el mundo ignora en Linares la procedencia de tales hombres. Llegan, mejor dicho, surgen de pronto en una taberna con la misma indumentaria que ostentaron antes sin duda y seguirán ostentando después; con el mismo aspecto sucio y feroz; el mismo puñal en la chaqueta; la misma pistola en la faja.

¿Saleu del monte huyendo persecuciones de la guardia civil? ¿Del presidio, burlando la vigilancia de los carceleros? ¿De un burdel donde su faca les dió medios para matar y su astucia ocasión de evadirse?

Nadie lo sabe; nadie lo pregunta tampoco. En Linares no se pregunta eso jamás. Si se anduviese con tan ridículos ropajes, acaso faltarán en la mina trabajadores. Con quienes pelean con la muerte á diario, hay que tener un poco ancha la manga.

En las propias oficinas mineras ignoran el nombre de casi todos los trabajadores; bástales con saber el del obrero que tiene en cada grupo cabeza. Aparte de que el minero, venga de donde viniere, sea quien sea, ni promueve reyertas ni comete delitos en el interior de la mina. Allí es un soldado que se suma con los compañeros para arriesgar la vida en el combate contra el mineral. Una máquina más durante la faena; un hermano más en los instantes de peligro. Cuando los mineros se matan entre sí, lo hacen en mitad de la calle; y eso no importa á los directores de la mina.

A los accionistas, claro que aún les importa menos.

El hampón llega á cualquier taberna, pide trabajo á un destajista, á un jefe de grupo; entra en el pozo y comienza su nuevo oficio.

A las cinco ó seis semanas, su valor, su desprecio absoluto de todo peligro, le conquistan puesto de honor entre los suyos. El también trabaja á destajo, y *dobla*, como el más fuerte de sus compañeros; también trabaja por espacio de dieciséis horas á la luz del candil.

¿Dónde come? En una cantina, la más próxima al pozo. ¿Dónde duerme? Todos lo ignoran. Acaso en el hueco de un pozo abandonado, en el fondo de una galería improductiva. Sus compañeros no lo ven más que en la tarea; sus jefes á la luz incierta de los candiles; los empleados de la dirección, cuando va á cobrar la quincena.

Ese día, el de la quincena, el hampón, el obrero incansable, el tenaz sangrador del plomo, reaparece en la población, ennegrecido por el trabajo, harapiento el traje, fosca la barba, largo el pelo, risueño el gesto y vacilante el paso

## Declaración importante

En la última reunión de la Junta local de Reformas sociales, al criticar el vocal obrero de la misma compañero Lidón, la lesiva indiferencia y desidia de nuestros ediles, se ocurrió de lo concerniente a las aguas de absoluta necesidad para el consumo público, lamentándose de la carencia de las mismas en algunas fuentes, y la escasez que se observa en las restantes de la población.

Se levantó a contestarle el vocal nato de la misma médico titular D. Francisco Llorret, que como individuo de la Junta de Sanidad encontraba muy justificado lo expuesto por el compañero Lidón, si bien no debía consentirse que esas aguas que hoy caen en las fuentes, se destinaran a satisfacer las necesidades de la población, porque no solamente no son aguas potables, sino aguas fétidas, corrompidas, que después de utilizarlas las mujeres para lavar ropas y todo cuanto quieren, entran en la cafetería para venir a surtir al vecindario.

Y esta declaración hecha por un individuo de la Junta de Sanidad y médico además, revela de un modo claro y terminante el abandono en que se tiene la higiene pública por nuestra autoridad, como si para vivir aquí fuera condición indispensable carecer de ofato y convertir nuestro estómago en un laboratorio donde por precisión tengan que entrar para su examen toda clase de microbios.

Ábrase la Bomba, ábrase el pozo de San Vicente, ábranse cuantos pozos sean necesarios como muy bien dijo el Sr. Llorret, pero quítense esas aguas de las fuentes

si es que por sus condiciones de potabilidad y por salir de un lavadero, son un peligro constante para la salud pública.

Esto lo decimos porque por lo visto nuestro Alcalde no se ha percatado de la importancia que reviste esta declaración, por cuanto no sabemos que haya reunido a la Junta de Sanidad para resolver tan importante asunto, ni que haya tomado medida alguna para remediar con la urgencia que el caso requiere abandono tan trascendental para la salud del vecindario.

Pero es lo que se dirá nuestro Alcalde; una epidemia más ¿qué importa al mundo!

## Nuestro Teatro

Pedir concisión, pedir brevedad, pedir que haga aquí una reseña concreta de las dos primeras noches con que ha sido inaugurada la temporada en nuestro teatro, sería esto mucha exigencia por parte de mis lectores, que con esto privarían a mi fantasía el poderse recrear en lo ideal de la belleza y en la sublimidad de lo material en la esfera de la realidad.

Un verdadero Parnaso era nuestro coliseo las noches del sábado y domingo, donde Tallá había congregado allí como alarde de su poder sugestivo, musas de la belleza, musas del arte, inspiradoras de sentimientos que abstraen por completo, aunque por breves instantes, la atención del hombre de todas las luchas efímeras de la vida real, para unificarse todos los corazones en un grandioso y elevado sentimiento de amor y admiración ante los sublimes encantos de la poesía, el arte y la belleza.

Y si los palcos ocupados por selecta y escogida concurrencia habían despertado el entusiasmo en los espíritus juveniles por el derroche de gracia y hermosura de las mujeres en ellos congregadas,

este entusiasmo necesitaba un incentivo para explotar con la espontaneidad y franqueza de aquellos solemnes momentos, en que la reflexión es anulada por el sentimiento y el cerebro derrotado por el corazón.

Pero aquel cuadro, aquel conjunto de bellezas, necesitaba una verdadera apreciación consciente, artística, como aquella que le supondrá la voz angelical y bien timbrada de la señorita Fons, que en la romanza del «Cabo primero» hizo desbordar el entusiasmo contenido con significativo silencio por las dulces y puras emociones que despertaron en el público su gracia incomparable, y su atractiva hermosura y gentileza.

Todo lo simbolizaba aquella mujer en la escena: la alegría en «El Trebol», la ilusión en «El Grumete», el deber y la abnegación decidida en «La Trapería», el amor en «Los pícaros celos» y sobre todo la satisfacción producida ante los encantos de su voz y de su arte escénico, que le conquistaron la admiración y simpatías del público que supo premiar con nutridas salvas de aplausos sus excepcionales dotes artísticas.

El Sr. Poveda, á quien ya conocemos por no ser esta la primera vez que actúa en nuestro teatro, se presenta hoy como el primer día, interpretando y caracterizando á las mil maravillas los difíciles papeles que desempeña y que le acreditan de consumado actor. Muy bien la señorita Pastor que en la recitación dramática de «La Trapería» obtuvo una merecida ovación, así como el Sr. Llorrens que estuvo muy acertado en el desempeño de su cometido.

Los coros muy buenos, tanto, que el público, satisfecho, les hizo repetir varios números. Pero uno de los aplausos más calurosos se lo merece el Sr. Fons por lo acertadamente que dirige la orquesta, dadas las dificultades con que tropieza por la falta de instrumental que se nota en la misma.

En fin, dos buenas noches con regulares entradas; hasta la otra.

ORDEP SAMOT

De sus piés, hechos á tantear tinieblas y abismos.

En la primer taberna apura el primer vaso y gasta el primer dardo de los que guarda su mugriento bolsillo. De la taberna se dirige al café cantante, donde vocea y ríe y convida á los cantaores; del café cantante pasa al café de camareras. Allí reúne á las mujeres, paga sus caricias, gasta su plata, satisface su esplendidez, su hambre inagotable de gozar, que termina de hartarse en un burdel infecto cuando su última peseta desaparece. Esto es lo que hace el hombre si antes no le matan de un fazaço ó de un tiro.

De aquel sitio, de aquella horrible cámara nupcial, sale el minero hambón cuando su dinero con cluye, para dirigirse de nuevo á la boca del pozo y bajar por él, y perforar la piedra y cargar el cartucho y subir la escata de esparto cantando una taranta, mientras la dinamita revienta á espaldas suyas con crujido feroz.

A la mina vuelve otra vez; á trabajar horas y horas sin descanso ni tregua; á jugar su vida una vez y otra; á hacer existencia de topo durante quince días, para hacerla de salvaje feliz durante uno sólo.

A la mina vuelve aquel hombre, quien acaso, no tiene familia, ni derechos sociales, ni hogar, ni nombre que pueda pronunciarse en voz alta.

A la mina vuelve; y en la mina aparecerá muerto undia cualquiera, con la bolsa-pañuelo apretada entre la camisa y la carne, y la punta de la faca asomando por la solapa del chaquetón.

JOAQUÍN DICENTA

## FOLLETÍN DE EL OBRERO (1)

Cuento de Balicío Valdés

# SEDUCCIÓN

El Director de cierta revista literaria me había pedido un cuento para su nascente publicación. Le dije lo que suele decirse en estos casos: que me honraba mucho, que tendría un gran placer en escribirlo así que mis ocupaciones lo consintiesen, que seguramente no respondería á sus esperanzas, etc., etc. En fin, lo que decimos todos para responder cortésmente al ruego de una persona simpática y amable. Pues bien: el Director no me creía. Se lo estaba conociendo en los ojos. Y como no me creía, no cesaba de insistir, á pesar de la promesa, procurando que ésta fuese perdiendo la grata vaguedad que para mí tenía, y adquiriese una antipática y horrible precisión. — ¿Me lo dará usted para el número próximo? — ¿En qué día poco más ó menos, podré recogerlo? — ¿Puedo anunciarlo ya en la cubierta de la revista? — Á cada una de estas preguntas contestaba yo del modo más ambiguo y absurdo que ustedes pueden imaginarse, defendiendo siempre

aquella preciosa vaguedad con todas mis fuerzas. El Director me creyó, ó hizo como que me creía, y salió de mi casa satisfecho, al parecer.

Pero no lo estaba. Pude convencerme de ello cuando le vi, á los pocos días, entrar en la *Cervecería inglesa*, sentarse á mi lado y tomar sin gana café. Me habló de cosas indiferentes, se mostró afable, cariñoso, y no mentó para nada la terrorífica promesa. Tocó el punto de mis novelas, y dijo de ellas lindezas, que me probaron que aquel literato conoce bien el corazón de sus compañeros. Pero donde hizo hincapié para los elogios, fué en mis *Aguas fuertes*. Confieso que, cuanto más amable se mostraba, más se me iba cayendo el alma á los piés. — ¡Diablo, diablo! (decía para mí). Después de esto, ¿con qué cara voy á negarle yo el cuento? Cuando se despidió, quedéme meditando un rato, me comí el último terrón de azúcar, bebí el último trago de agua, y dije, dando un suspiro: — ¡Pues, señor, no va á haber más remedio que escribir un *agua fuerte*!

Acto continuo me puse á buscar el argumento. Salí de la *cervecería* con ese exclusivo objeto, y me lancé á las calles á ver si con el fresco acudía alguno á mi cerebro solitario. El calor de la *cervecería* es funesto para los argumentos: se lo advierto á los jóvenes naturalistas. Casi tan funesto como las veladas poéticas del Ateneo. Me lo dijo un poeta dramático á quien silbaron hace poco un drama en el teatro Español, y que acha-

caba su fracaso á la atmósfera espesa que respiraba por las tardes, y al abuso de las conferencias. Así es que desde entonces, en cuanto necesito ideas, dejo el Ateneo y me voy á escape á la Moncloa, paraje donde, según mi amigo, suelen ocurrírsele á uno las grandes cosas. Las únicas redondillas aplaudidas en el drama que se le desgració, allí fueron compuestas.

Salí, pues, como digo, y á cortos y vacilantes pasos, como suele caminar el que tiene que decir algo en una revista literaria y no sabe qué decir, me encaminé por la Carrera de San Jerónimo hacia la Puerta del Sol, y desde allí, por la calle del Arenal, hacia el supradicho paseo de la Moncloa, esperando que antes de llegar á él, y sólo por las buenas intenciones que revelaba, la fortuna me deparase un asuntillo medianamente agradable.

Lo que son los pisotones en los callos, casi todo el mundo lo sabe; pero lo que es buscar un argumento, sólo lo escribieron públicos. Si el lector es cazador, podrá representarse algo parecido, recordando alguno de esos días en que se camina horas y horas por entre jarales debajo de un sol canicular, sin descubrir ni un bando de perdices, ni la cabecita gris de un conejo. Y figurándose la expresión absorta, melancólica, desconsolada, de su fisnomía en tales momentos, puede llegar á calcular cómo sería la de este su humilde servidor marchando por las calles de Madrid.

— ¡Hola, Vinagrera, ¿cómo está usted?

## COMUNICADO

Señor director de EL OBRERO

Muy señor mío: Puesto que las columnas de su semanario las brinda «muy especialmente» a la defensa de los intereses de la clase trabajadora, permítame (soy obrero) la inserción de estas líneas en contestación a los ataques que en el número último dirige usted contra la «Unión Social Cristiana», pues, como socio que soy de dicha agrupación, me creo en el deber de defenderla.

Empieza usted la crítica de nuestro reglamento diciendo que no podemos tener sociedad porque carecemos de local, toda vez que no cree que «el presidente y su familia conviertan su casa en centro de reunión». No abrigaría usted este presentimiento si tuviese en cuenta que todas, absolutamente todas las personas que han tenido a bien el formar nuestra asociación, sienten hacia la clase trabajadora un vivo afecto, y sin ningún escrúpulo ceden su casa y mucho más, si fuese necesario, para bien de los pobres, pues, guiados siempre por la excelsa caridad cristiana, nada tiene de admirable que realicen esos actos de abnegación. Esto además de que con tal medida se ahorra el alquiler de una casa a la sociedad, cosa que indudablemente se ha de estimar como beneficiosa para todos los socios.

Sigue usted manifestando que omitimos Juntas y reuniones, cosa que no es cierta, porque ya sabe usted que en las generales intervienen todos los decuriones en representación de su decuria respectiva, y como quiera que éstos han de proceder allí conforme sea la voluntad de la mayoría del grupo que

representan, se deduce forzosamente que todas las decisiones que se adopten en las Juntas generales, serán de acuerdo con el entender y deseos de la mayoría de toda la sociedad.

Y esa dura crítica que usted hace del art. 58 y del párrafo 7.º del 16, no tiene nada de extraño si su corazón se halla ajeno a los sublimes sentimientos que inspira el Cristianismo. Tenga usted en cuenta que los individuos de esta sociedad son, para honra suya, católicos, apostólicos y romanos; que profesan la fe de Jesucristo, Dios y hombre verdaderos; que se abrazan a sus enseñanzas y tienen por norma de conducta su santa doctrina; que sienten en su pecho el dulce aliciente de la caridad cristiana; y, finalmente, que procederán en todas sus acciones sin discrepar en nada del hermoso sendero por el que nuestra Iglesia conduce a sus fieles hacia la posesión de la eterna gloria.

Y basta por hoy, pues siento robarle espacio en las columnas de su periódico y que no pueda sembrar con verdadero desahogo en la inteligencia de los infelices obreros, tanto ciego como he tenido la desdicha de observar.

Alguien de la «Unión Social Cristiana».

## Noticias Locales

El Consejo de administración de los ferrocarriles de Alicante a la Marina, ha fijado su domicilio en la residencia en Alicante de su director general y presidente, nuestro paisano D. Basilio Martínez, Jorge Juan, 29.

Procedentes de Alicante llegaron el martes a esta población el Ingeniero de caminos de la pro-

vincia D. Próspero Lafarga y el sobrestante D. Angel Viviente. Dichos señores que salieron para Callosa de Ensarriá, han venido a girar una visita de inspección al camino vecinal de Finestrat a este pueblo.

Mañana principiará a tocar nuestra banda de música en el paseo del Dr. Esquerdo. Nunca es tarde si la dicha llega.

Por cuestiones de vecindario vinieron a las grñas el lunes último en la partida de los Puntos de esta localidad, dos lindas muchachas que con sus feroces caricias motivaron la intervención de los padres de una de las contendientes.

Tan desigual lucha terminó con un regular mordisco sufrido por una de las partes y con un accidente que motivó la llamada del facultativo experimentado por la otra.

El Circulo democrático de esta localidad celebró el domingo último Junta general para dar cuenta a los asociados de la suscripción popular abierta en dicho centro en honor al monumento que se piensa levantar al ilustre Dr. Esquerdo en el pintoresco paseo que lleva su nombre.

La suscripción continúa abierta para todos los socios y correligionarios que deseen contribuir a esta obra patriótica que tiene por objeto perpetuar la memoria de un hijo ilustre de esta población

Por la Sociedad Obrera «La Fraternidad», se convoca para mañana domingo a las cuatro de la tarde a todos los compañeros asociados para la celebración de la Junta ordinaria trimestral.

Ha sido mordido por un perro en la calle de Cervantes, el vecino de esta población Ginés Mayor. Una vez más tenemos que la-

mentarnos de la incuria de nuestra autoridad en lo referente a este asunto, pero nuestro alcalde sigue tan fresco, sin que sepaños que dicho perro haya sido sometido a observación de ninguna clase.

Según tenemos entendido, hoy ha quedado abierta, en Orcheta, entre los numerosos amigos que D. José Esquerdo tiene en aquella población, la suscripción al monumento que se piensa levantar al mismo en esta localidad

Se observa gran marejada política entre los demócratas del distrito que visitan con frecuencia esta población ávidos de saber noticias.

Con tal motivo el domingo tuvimos el gusto de estrechar la mano de nuestros particulares amigos D. José Cerdà, D. Amado Soer y del exdiputado provincial D. Vicente Zaragoza, jefes del partido democrático de Sella, Rolien y Benidorm, respectivamente.

Un ruego al señor Alcalde: ¿Conoce usted la calle de Santa Marta de esta población, señor Alcalde? ¿Ha pasado alguna vez por ella su señoría? Creemos que no, porque si hubiera pasado, estamos seguros que no quedaría de usted ni la partida de nacimiento. Aquello no es calle, señor Alcalde: aquello es una cloaca, un pedregal, en cuanto a higiene y urbanización.

Rogamos pues a nuestra primera autoridad que tenga presente que los que viven allí son vecinos de Villajoyosa y aunque pobres tienen derecho a que nuestro alcalde no los relegue al olvido.

Imprenta de Antonio Reus: Alicante

—Perdone usted amigo; no me llamo Vinagera, sino Vinajeras.

—Dispéñame usted, por Dios. En este momento me había confundido...

—No tiene nada de particular. ¡Ustedes los escritores llevan tantos asuntos en la cabeza!

—Verdad, verdad—respondí descaradamente, en vez de extender la mano y decir como los mendigos: «Deme usted uno, por el amor de Dios».

Un poco más allá saludé muy sonriente a una persona, que me miró con asombro, sin corresponder a mi cortesía. «¿Dónde tendrá la cabeza?» me dije, poniéndome colorado. Me figuré que trataba a aquel caballero, y sólo le conocía de verle plantado frente a mi casa haciendo muecas a la vecina del segundo.

Al pasar por delante del teatro Real, me asaltaron intenciones de escribir un cuento basado en cierto episodio en que figuraba una bailarina, a quien tuve el honor de tratar una corta temporada. Pero iba a resultar un poco libre, y desde que mi amigo el librero Sr. Fè me ha dicho que mis obras van haciendo fortuna entre las damas, estoy tan encogido y temeroso, que apenas me atrevo a nombrar la camisa ó los calzoncillos por no ofenderlas. En la plaza de Oriente vi asomada a los más altos balcones de Palacio a una pareja de jóvenes que reían y charlaban, mientras una bandada de pájaros revoloteaba en torno suyo, posándose en la cornisa para escuchar sus

ternezas, y lanzándose después a los aires con agudos chillidos para contárselas a sus compañeros. Un centinela de los que guardan las entradas de la plaza, inmóvil sobre su caballo, contemplaba fijamente a la atortolada pareja. Y ¡Dios sabe los pensamientos insanos que en aquel momento cobijaría su casco reluciente a la prusiana! Ocurrióseme entonces que podría escribirse una historieta colocando la escena en los pisos altos de Palacio, que lo mismo podría ser historia de hombres que de pájaros. Mas consideré en seguida que mis correligionarios son muy suspicaces. Seguro que habían de ver en este cuento un medio indirecto y solapado de aproximarme a la Monarquía y hacer traición a nuestros ideales. Si por ello me hiciesen ministro ó algo siquiera de lo contencioso, bien sé que no me dirían nada. Otros lo han hecho sin enojarnos. Pero hablar de los palacios sin odio y sin haber recibido de ellos merced alguna, esto no es lógico. No lo ha tolerado ni lo tolerará jamás un buen exaltado.

Subí la pendiente del barrio de Argüelles, entré por la puerta del Instituto Agrícola, y me detuve un instante para contemplar el paisaje. El puente de Madrid es de una austeridad tal, ofrece a la vista aspecto tan imponente, que siempre me ha conmovido. Sólo los espíritus vulgares se obstinan en negar belleza a este pedazo de tierra negra y adusta que el Guadarrama nevado corta allá a lo lejos. La mayor parte

de los hombres no admiran más que lo que ha sido antes admirado por otros: el golfo de Nápoles, el gran canal de Venecia, el lago de Ginebra, el mont Blanc y el mont Cervis. Además, para ver estas cosas hay que hacer un viaje costoso, tener buena posición. Y sabido es lo que influye el coste del viaje en la belleza de los paisajes. Yo, que soy un espíritu amplio, aunque sin dinero, admiro el Guadarrama. Ofrecía éste en aquel momento un color azulado. Sus flancos negros rasgaban el blanco sudario de nieve con que el invierno le había vestido. Algunas nubes largas, finas, de color violeta, en forma de cejas, permanecían suspendidas sobre él, destacándose de un cielo blanquecino. El sol, envuelto en una masa de vapores de fuego, le miraba soberbio antes de hundirse. Jamás se había dignado visitarle. Se contenta con mirarle desde que sale hasta que se pone. La tierra que se extiende hasta llegar a él es pobre, estéril para el ganado. No hay campos de trigo y cebada, ni verdes praderas rientes. Se halla cubierta en su mayor parte de jara y retama, sembrada por doquier de madroños. Esta vegetación de un verde obscuro, los grandes pedruscos de formas monstruosas esparcidos por el suelo desde las grandes catástrofes geológicas, y las líneas severas de sus lomos desiguales, dan a este paisaje un aspecto sombrío, desconsolado, trágico, que impresiona vivamente el ánimo. Más ¡ay!, su belleza extraña jamás gozará de crédito, porque ni los hombres de buena posición, ni el